

El carbón había faltado y se hacía uso de la leña, tomada de los árboles de las calzadas y de los paseos.

El humo reemplazaba el azul purísimo del cielo.

El aspecto de un pueblo hambriento y lleno de harapos, entregado á la desesperación, era espantoso.

Los motines comenzaban á estallar, y los gritos de la rabia se tornarían bien pronto en los alaridos de la sedición.

La tropa, falta de fé, aprovechaba los momentos del descuido para atravesar el campo y presentarse en las filas republicanas.

La multitud hambrienta, no pudiendo ya sufrir lo miserable de su situación, pidió salir de la ciudad, exponiéndose á ser ametrallada como el pueblo de Zaragoza cuando el sitio de los franceses en 863.

Márquez, que como hemos dicho, se había desmoralizado al ver rugir la tormenta que se lo había de tragar, concedió á la gente necesitada libertad para salir, si los sitiadores se lo permitían.

Porfirio Díaz, conmovido ante este cuadro doliente de aflicción, declaró que el campo republicano acogía á todos los pobres y les dispensaba amparo y protección.

La ciudad que se había engalanado cuatro años antes para recibir á los extranjeros conquistadores, yacía triste, abatida, llorosa, con la faz cubierta de vergüenza, encerrada entre los parapetos viendo tremolar á lo lejos en los baluartes republicanos, aquella bandera saludada por sus sonrisas en mejores días!

La virgen indiana, la joven Tenoxtitlán, arrancaba de sus sienas la corona imperial, esa corona que le dejaba una indeleble marca de fuego, un estigma sangriento sobre la frente!

Ayer entre las fiestas báquicas de la conquista, entre las saturnales de la regencia, entre las pompas deslumbradoras del imperio, y ahora sobre las ruinas hacinadas de aquellos castillos y de los alcázares abandonados, llorando á mares sus desventuras!

Pobre deidad arrepentida, cubierta con la ceniza, oyendo en sus templos el solemne canto de las *Salmos Penitenciales*!

¡Pobre virgen engañada! ella tan hermosa, velada por la sombra de sus volcanes, coronada con las rosas siempre fragantes de sus selvas y sus jardines!

Ella, tan querida, tan idolatrada de los que hemos visto bajo su cielo la luz primera y aspirado el perfume de su aliento, la amamos en sus pesares, nos identificamos con sus dolores, lloramos con sus angustias y nos prosternamos ante esa sublime majestad de su grandeza!

CAPITULO DECIMONONO.

UN FAVOR PELIGROSO.

I.

Doña Canuta se presentó en el palacio municipal y esperó á que O' Horán concluyera su despacho.

—Señora, dijo el prefecto político, me tiene usted á sus órdenes.

—Caballero, soy una mujer desgraciada.

O' Horán no respondió.

—¿No me ha oído usted, caballero? ¡soy muy desgraciada!

—¿En qué le puedo servir á usted?

—En nada si usted se niega, en todo si á usted le place.

—Hable usted, señora.

—¿Usted sabe la falta que hace un esposo?

—¡Qué señora tan rara! pensó O' Horán.

—Su falta es inmensa.

—¿Y bien?

—Usted tiene preso al mío.

—¿Su nombre?

—Modesto.

—¿Y su apellido?

Fajardo.

—¡Ah! dijo el prefecto, ya tengo conocimiento de esa causa; el fiscal opina que no hay mérito para la formación de ella, pero tengo informes de que su esposo de usted es un hombre peligroso.

—No lo crea usted, señor prefecto, es el ente más majadero.....es decir, es una persona pacífica.

—Buen modo de defender á su marido, murmuró O' Horán.

—Yo necesito que usted lo haga comparecer y lo ponga en libertad.

El prefecto agitó la campanilla.

Que traigan á Don Francisco Farnesio.

—Fajardo, señor.

—Ya lo oye usted, dijo O' Horán.

Mientras el ayudante salió á conducir al reo político, la señora Fajardo dijo trágicamente: ese hombre había nacido para ser diplomático y no conspirador, se casó conmigo por

los años de veintiocho, tuvimos varios hijos malogrados y solo nos vive una niña encantadora. Fajardo es el padre más bonachón, es caballero de la orden de Guadalupe y su mal consiste en no llevarse de mis consejos; porque yo le hubiera conducido tal vez á la inmortalidad!

O' Horán oía con extrañeza la sarta de disparates que salían de aquellos labios incansables!

II.

Entre dos gendarmes apareció la figura interesante del diplomático.

—Que se retiren los gendarmes, dijo O' Horán.

Los gendarmes se retiraron.

Don Modesto le tenía un miedo terrible al prefecto político.

—Señor de O' Horán, yo soy aquel á quien denunció el teniente Estrada y cuya acusación no ha podido probar.

O' Horán, que era hombre de mundo, comprendió á primera vista que aquel personaje no podía ser conspirador; no obstante probó á examinarlo.

—¿Qué oficio tiene usted?

—Diplomático.

—¿Ejerce usted?

—En los asuntos domésticos. nada más.

—Bien. Ha reconocido usted el imperio?

—Soy caballero de la orden de Guadalupe y padre legítimo de una dama de honor.

—¡Ah! dijo O' Horán, recordando las mil anécdotas que corrían acerca del infortunado Don Modesto y el cariño que la emperatriz Carlota le profesaba á su hija.

—Usted ha dicho ¡ah! señor prefecto.

—Ya sé quién es usted.

—Ese ¡ah! me hace creer en que usted me dispensará la justicia que reclamo; no, no exijo mucho, que se me ponga en libertad, se me pagen los daños y perjuicios y se castigue severamente á mi acusador.

—Es bien poco.

—Yo imploro por él, dijo Doña Canuta.

El diplomático había entrado tan emocionado, que no conoció á su esposa.

—¿Con qué permiso te presentas ante las autoridades de imperio?

—No lo necesita una mujer que reclama la devolución de un objeto conyugal.

—Dispense usted, caballero, el dolor enloquece á mi esposa.

O' Horán comprendió que aquella pareja no tenía un átomo de sentido común.

—Señor de Fajardo, dijo el prefecto, va usted á salir en libertad.

—¡Oh!.....¡ah!.....¡barón generoso!.....¡salvador de la diplomacia!

—Caballero, exclamó Doña Canuta, no está usted al alcance de lo que ha hecho con esa acción digna de los Gracos y de los Brutos.

—Bien, bien, interrumpió O' Horán; pero hay una obligación que cumplir.

—Como no sea atentatoria á mi honor, estoy dispuesto.

—Yo espero, caballero, dijo Doña Canuta, procurando no ruborizarse, que usted no exigirá que.....

—No, señora, yo no exigiré otra cosa que el que usted salga inmediatamente de la capital.

—¿Pero usted ignora que los disidentes la tienen circunvalada?

—No importa, daré á usted pasaporte y se le franqueará la salida por Chapultepec.

—¿Y si disparan las piezas?

—No hay cuidado, eso no vale nada.

—El disparo, efectivamente, bien poco vale; pero el proyectil puede resar algo.....

—Esa es la condición, caballero.

—¿Y puedo salir con mi esposo?

—Sí, señora, y no hará usted cosa mejor.

—Espero las órdenes de usted.

O' Horán mandó extender la orden y la entregó al señor Fajardo, que haciendo una profunda caravana al prefecto político, salió del brazo con su esposa saludando el aire de la libertad.

III.

Llegó la pareja á su casa habitación.

El diplomático estrechó con efusión á su hija.

Aquella infeliz criatura amaba tiernamente á su padre, y ya habrá notado el lector cuán retribuida estaba, porque Don Modesto no tenía más ídolo que su hija; con decir que merced á ese cariño había proporcionado ciento veintitres pesos al teniente Estrada, está dicho todo.

—Luz lloraba de ternura.

—Vamos, hija, decía, el diplomático acariciándola, te prometo darte gusto en cuanto quieras y no oponerme jamás á

os instintos de tu corazón; quiero que seas feliz por completo, ya he sentido remordimiento alguna vez, por haberte obligado á hacer ciertas cosas, que ahora conozco no estaban en el orden.

—Fajardo, interrumpió Canuta, dispongamos el viaje, que al amanecer debemos dejar la capital.

—¡Sí, esposa mía, el ostracismo es horroroso!

—¿Será cierto que vamos á partir? preguntó Luz alborozada.

—Salimos desterrados, hija mía, por una orden despótica de ese bajá de tres colas. Han conocido que soy republicano, que puedo dirigir y combinar una conspiración que eche por tierra al imperio.

Luz movió la cabeza, como quien desespera de que una persona tenga sentido común alguna vez.

—Pondré, dijo Doña Canuta, alguna ropa en los sacos de noche, y haremos enganchar muy temprano los caballos.

—¿Y marcharé con ustedes? preguntó Luz.

—Pues no faltaba otra cosa! ¿cómo te habíamos de dejar abandonada?.....¡saldrás!.....sí, y bien que saldrás, primero se me guillotinaría que consentir en.....

—Vamos, Fajardo, no perdamos el tiempo, y la autoridad política tome una providencia brutal.

—Ya la tomé al encajarme en la Martinica; ya le diré al General Díaz todas las tropelías que se han consumado en mi persona, yo levantaré la voz muy alto en el campo de los míos.

—Modesto, aun estamos en terreno de la corona.

—Ya esa corona no durará más que una luz de Bengala.

—¡Silencio, eres un imprudente!

—Dices bien, esposa mía, dispongamos el equipaje; arréglate, Luz, ya verás cómo se nos recibe en el campamento, estoy seguro de la buena acogida. Porfirio es todo un caballero.

IV.

Luz había sabido que el General Eduardo Fernández estaba acantonado en Tacubaya y tenía la certeza de encontrarle.

Una ausencia de cuatro años terminaba providencialmente.

La joven enamorada se sentía feliz, completamente dichosa, iba á ver á Eduardo, al hombre de su corazón y de sus amores.

¡Pobre niña! había llorado tanto que el cielo se compadecía de sus angustias, aproximando un momento tan suspirado.

Pasó la noche soñando en Eduardo, viendo el retrato, leyendo

do las cartas, besando las cenizas de las flores, haciendo todas esas extravagancias hijas de un cariño leal y generoso.

Luego que amaneció se puso á rezar y á encomendarse á la Virgen María.

Después de arreglar su ropa, tomó todo su equipaje *amatorio*, lo hizo un paquete, se puso el relicario y el anillo de ordenanza y entró con sus padres en el carruaje, que partió rumbo á la calzada del Emperador.

—Señor, dijo el diplomático al jefe de la trinchera, voy al campo republicano.

—¿A alguna misión importante?

—Ese es mi secreto.

—Traerá usted orden.

—Aquí está.

Por la redacción comprendió el jefe que Don Modesto salía *lanzando*, por mandato de la autoridad.

—Pues salga pronto, porque voy á dar el cañonazo de saludo.

—Tenga usted la bondad de no saludar á cañonazos.

—Es de ordenanza.

—Pues con permiso de la ordenanza y de S. M. Carlos III, su autor, usted nos dispensará el favor de que nos alejemos antes del saludo.

—Salgan inmediatamente.

La carreta partió á escape.

El jefe del punto, por *diversión*, mandó hacer fuego sobre el carruaje.

Esto había acontecido muchas veces por mandato de Márquez.

—¡Somos muertos! gritó Don Modesto y se arrojó por la portezuela.

Doña Canuta y Luz estaban temblando.

—¡Bájense ustedes! ¡bájense pronto! clamaba el diplomático.

—¡Sube, hombre!.....¡sube!.....

—¡Arriba, papá! gritó Luz.

—¿Estoy herido de arriba? ya me lo temía, he sentido una bala zumbiar por la copa del sombrero.

—Que suba usted pronto, señor.

Don Modesto, repuesto del susto, subió al carruaje.

—¡Por poco nos asesinan estos bandidos!

V.

La avanzada de la *Casa Colorada* salió de la fortificación y dió el alto á Don Modesto.

—Los caballos se detuvieron.

—¿Quién vivé? gritó el sargento republicano.

—¡Gente de paz!

—¡Echate abajo!
 El diplomático saltó como una corza.
 —¿De dónde vienen?
 —De México.
 —Me alegro, ¿qué dejaron por allá?
 —Todo perdido, desmoralizado, en disolución, el imperio está en agonía.
 —Pasen ustedes y preséntense al jefe de Chapultepec para que los lleve con el General Díaz.
 —¡Ah! dijo el sargento, ustedes no se habrán desayunado.
 —Efectivamente, ya en la capital no hay que comer.
 —Que avance el *ranchero* con un jarro de leche y tres tortas de pan para los señores.
 —Canuta, ya te lo había pronosticado, esto es espléndido, es maravilloso!
 El sargento obsequió á la familia con un opíparo desayuno.
 Luz estaba rebosante de felicidad.
 Luego que concluyeron, Don Modesto sacó un par de pesos y se los ofreció á la tropa.
 —Señor, dijo el sargento, esta no es fonda, está usted entre los republicanos.
 El diplomático le dirigió un discurso, é insistió en que tomasen la propina.
 Los soldados, por no desairarlo, se dividieron las monedas, y escoltaron el carruaje hasta Chapultepec, dieron un adiós á los viajeros y un viva á la libertad.

VI.

Llegaban al frente del castillo, antiguo alcázar de Maximiliano, cuando el general Fernández atravesó á escape con su regimiento.

Luz reconoció á Eduardo é involuntariamente dió un grito de alegría, y estrechándose al corazón de su padre lloró sin poderse contener.

El general y el regimiento desaparecieron entre una nube de polvo.

Por el rumbo de San Cosme se dejaron oír los disparos de la artillería.

—Algo pasa, dijo el diplomático, y mandó al cochero que avanzase violentamente rumbo á la ciudad de los Mártires de Tacubaya.

CAPITULO VIGESIMO.

LA NOCHE TRISTE DE MAXIMILIANO.

I.

Estamos en la noche del 14 al 15 de Mayo de 1867.
 El emperador Maximiliano está sentado en una silla de campaña, en la apartada celda del convento de las Cruces.

Sobre una mesa están unos papeles esparcidos y en desorden.

El archiduque tiene su frente apoyada en una de sus manos y parece profundamente preocupado.

En aquel sitio oscuro donde se respira un ambiente tético de ascetismo, se parecía al rey cenobita, al inmortal Carlos V su antepasado en el monasterio de Yuste.

Aquel hombre adolecía de una tristeza espantosa.

El horizonte de su vida se envolvía en una noche sin término y su corazón paralizaba sus latidos á los embates de la pesadumbre.

Semejante á Carlos II el Hechizado, le inquietaba el más leve rumor, y se estremecía á la detonación tardía de alguna pieza disparada en los lejanos baluartes.

Levantóse pausadamente y comenzó á pasearse á lo largo del aposento.

El rayo de la luna penetraba por la ventana que daba á un corredor y alumbraba la estancia con una luz fosfórica y trasparente.

Había pasado media hora de ese silencio contemplativo y misterioso cuando se oyeron pasos en la escalera.

Maximiliano encendió la bujía y esperó.

Abrióse la puerta y un alemán de la servidumbre anunció á una persona cuyo nombre ha recojido la historia y nosotros no consignaremos en estas páginas.

El personaje anunciado al Emperador Maximiliano, era un hombre de estatura regular, algo grueso y cargado de hombros, rubio, de bigote, cari-redondo, ojos azules con la mirada solapada del gato, frente ancha, los pies y las manos detormes, la nariz pequeña y bien formada.

Llevaba un uniforme azul, kepí con una corona imperial

al frente y unas letras de plata, R. E. "Regimiento de la Emperatriz"

Sobre el pecho traía la cruz de la Legión de Honor y la de oficial de Guadalupe.

Ceñía espada y banda encarnada con borlas de plata.

—Coronel, dijo Maximiliano, ¿se han colocado las libranzas?

—He hecho esfuerzos poderosos y nada he conseguido, más aún, he intentado dejarlas en prenda de cinco mil pesos, y sin embargo, la firma de V. M. no ha sido aceptada.

El emperador sintió anudarse su garganta.

—He devuelto las letras al secretario de V. M.

—¡La situación es horrible! exclamó el emperador.

El coronel plegó el ceño como quien medita algo terrible.

Maximiliano se volvió á su interlocutor y le dijo:

—¿Sabéis el resultado del llamamiento al pueblo hecho por el general Mejía?

—V. M. va á disgustarse profundamente.

—Hablad, coronel.

—Ya es necesario que V. M. comprenda una situación que hay empeño en ocultarle.

Maximiliano se apoyó en el dintel de la ventana dispuesto á oír las revelaciones del coronel.

Este, tomando una actitud resuelta, dijo con voz clara y sonora:

—Varios y terribles combates se han verificado durante el sitio, y en todas las salidas que ha hecho el ejército de V. M. ha tenido numerosas bajas, tan numerosas que hoy existen ochocientos heridos, cuyo número indicará á V. M. el de los muertos, entre los cuales se cuentan multitud de jefes y oficiales. Después de la salida hecha á las órdenes del general Miramón el primero de Mayo, se ha comenzado á sentir la desmoralización del ejército que va aumentando progresiva y rápidamente. Los víveres que días antes han escaseado, hoy se han consumido del todo, la tropa se alimenta con carne de caballo, sin tener un pedazo de pan ni una *tortilla*, comiendo solamente *nopal cimarrón*, y la caballada mezquite y fresno. ¡La alimentación insuficiente del soldado no puede ya mantener sus fuerzas, y su vigor se pierde y con él su brío y su valor!

—¡Eso es espantoso! gritó Maximiliano.

El coronel continuó con más ardor.

—La oficialidad, sostenida por el honor solamente, sucumbe también en fuerza de las privaciones, así es que el desaliento ya es general, tan grave y profundo el malestar que es inevitable la derrota que todo el ejército presiente..... En vano V. M. pretende alentar al ejército dándole ejemplos de valor y de sufrimientos; los soldados responden á ese llamamiento generoso, débiles y sin fuerzas, quejándose de hambre, y la posición se hace por instantes más y más desesperada!

—Es cierto, dijo Maximiliano con angustia; pero yo no tengo la culpa de que mis órdenes no sean obedecidas. Cuando he enviado al general Márquez, ha llevado la consigna de recojer todas las fuerzas y recursos que pudiera, dejando en México sólo cuatro mil hombres y volviendo á la plaza con víveres y municiones; pero desde el día en que salió hasta hoy, no he recibido una sola noticia de sus operaciones.

—En el campo enemigo, dijo el coronel, se ha solemnizado la toma de Puebla y la victoria de San Lorenzo, en que Márquez ha sido derrotado completamente: su división era nuestra esperanza.

—No, dijo el emperador, toda la esperanza de auxilio es irrealizable, nos sostendremos con el ejército de la plaza.

—V. M. ignora que la tropa se deserta, no como regularmente sucede, sino en pelotones, pasándose á los sitiadores, muchos con armas. Los soldados extranjeros, sin contarles la catástrofe de San Jacinto, ó tal vez para reconciliarse con el ejército republicano, abandonan las filas de V. M. no obstante que se les prefiere en todo y que cuentan con un deber superior al de los demás soldados. El hambre, el abandono de muchos jefes, las noticias funestas que circulan en la plaza, todo contribuye á desmoralizar el ejército que está casi exánime!

—¡Y nada llega á mis oídos! ¡y todo me lo ocultan! dijo afligido el infeliz monarca.

—Algunos de los jefes y aun uno de los generales, no tienen empacho de decir públicamente que nuestra pérdida es irreparable, por el crecidísimo número de los sitiadores, por su posición que les permite recibir todo género de auxilios y por la imposibilidad que V. M. tiene de recibir los..... estas especies que corren de boca en boca y llegan al conocimiento de los soldados, son más que suficientes para desmoralizarlos.

—Ya la lucha es imposible, dijo Maximiliano.

—Sí repuso el coronel, ¿qué debe suceder si esas influencias terribles vienen á ejercerse ya en hombres cansados, sin alimentos y sin esperanzas de auxilio?.....

—Todos estos síntomas son precursores de la derrota, exclamó con tristeza el archiduque.

—En vano, continuó el coronel, se ha dicho á la tropa que ya el general Márquez estará pronto frente de los sitiadores, nada basta á levantar su espíritu abatido y desalentado.

—Yo repugno, dijo con altivez Maximiliano, ese ardid grosero, que una vez puesto á la vergüenza de la mentira, surte un efecto contrario al que se propone el miserable que lo juega. Yo quiero luchar con los elementos que me presta aún la situación.

—¿Sabe V. M. cuáles son esos elementos?..... El parque construído en nuestra maestranza es de malísima calidad: la

pólvora no tiene el alcance suficiente, las cápsulas de *papel* arden con lentitud y dificultan el fuego nutrido. Este no puede ocultarse á la tropa, que se acobarda más y más cada día.

—¡Traidores! gritó Maximiliano, habéis besado humildes el pedestal del trono, y hoy desertáis cobardes al frente del peligro!..... Coronel, salid de la plaza, hablad al general Escobedo, y decidle que me permita el paso solo con vuestro regimiento y el grupo de hombres fieles que participan de la amargura de esta situación; decidle al general que nada quiero, que nada pretendo, sino devolverles este país cuya voluntad me sacó del silencio de mi estancia de Miramar. Id coronel, no le ocultéis nada de nuestra situación, quiero caer sin deshonrarme con la infamia de una mentira!.....

—Bien, señor, partiré, dijo el coronel con un aire de satisfacción salvaje.

—A mis soldados se les concederán las garantías de la guerra, estoy tranquilo.

—Con permiso de V. M., murmuró el coronel, haciendo una profunda reverencia, y salió de la celda que ocupaba el emperador Maximiliano.

—¡Mi único amigo! dijo el emperador tendiendo su brazo hacia la puerta por donde acababa de desaparecer, el jefe del Regimiento de la Emperatriz.

II

El punto militar establecido en el *Convento de la Cruz*, estaba comprendido en una línea bastante extensa desde la barda de *San Francisquito* hasta el *Chirimoyo*.

Esta extensión era de mil trescientos metros, que se cubría aquella memorable noche con mil quinientos hombres que formaban la brigada de reserva.

La altura del edificio tenía una pieza de montaña. Una flecha cortando el camino de México era custodiada por la *gendarmería* francesa.

La barda de la puerta que está á la orilla del camino la guardaba el batallón del emperador y un obús de á veinte y cuatro.

El *Panteón* estaba fortificado y con una pieza de montaña.

La barda frente de la torre ocupada por soldados mexicanos y un obús de á veinte y cuatro.

Otras posiciones igualmente fortificadas completaban la línea de defensa, cuyo centro era el *Convento de la Cruz*.

La *Huerta* y el *Panteón* eran los puntos atendidos de preferencia.

La celda que ocupaba Maximiliano tenía una escalera para la torre

El infeliz monarca subía aquella escalera á deshoras de la noche á ver el campamento republicano alumbrado por las fogatas.

Cuando se empeñaba algún combate, desde allí alcanzaba á ver el punto atacado de la línea.

Una bandera indicaba la residencia imperial.

Los soldados veían atravesar como un fantasma la gigantesca figura de Maximiliano con una linterna sorda, por las bóvedas del convento.

La ciudad estaba sombría.

Una atmósfera de tristeza y desaliento caía á plomo sobre el campamento imperial.

Cuando la tropa está silenciosa, está próximo el momento de la catástrofe.

El ángel malo de la derrota cierne sus alas sobre la tienda de campaña.

III

El coronel atravesó por una de las troneras de la barda y se encaminó al campo de Escobedo.

La primera avanzada le dió el alto.

El coronel se detuvo y manifestó al oficial que iba en calidad de parlamentario.

Se le condujo á la presencia del general en jefe.

El coronel observó que había columnas dispuestas para dar un asalto á la Cruz.

Escobedo recibió al parlamentario.

Lo que pasó en aquella entrevista lo sabe Dios, y se comenta en diferentes versiones, según los colores políticos que la ponen á discusión.

Hay, sin embargo, una voz terrible que se alza implacable y balbute la palabra *TRAICIÓN*.

Esa voz ha repercutido en los confines del mundo civilizado.

Nosotros podemos asegurar que el general Escobedo no se ha manchado con la aceptación de un pacto nefando y criminal, que el brillo de su espada vencedora luce sin mancha, y que sus laureles no han necesitado el aliento de Judas para merecerse en el cielo de la victoria.

El valiente general, con acento sonoro y perceptible, dijo al parlamentario:

—“Decidle al archiduque Maximiliano que no tengo facultades de mi gobierno para conceder ningunas garantías, sino para obligarlo á rendirse á discreción ó batirlo.”

El parlamentario salió confundido, trémulo, del cuartel general.

Preguntó por el general Vélez.

Se le respondió que estaba al frente de sus columnas, en el campo.

Cuando salió el coronel de la línea republicana, un ayudante de Escobedo buscó al general Vélez y le dió orden de que se presentase inmediatamente para un asunto del servicio al general en jefe.

IV.

El regimiento de la emperatriz estaba dispuesto para la marcha.

El caballo del emperador y los de su pequeña comitiva permanecían ensillados.

—¿Qué pasa? decía un capitán austriaco á uno de sus compañeros

—Que estamos de marcha.

—¿Y para donde?

—Lo ignoro.

—¿Se trata de una salida por medio de las armas?

—Eso es imposible: por la línea de San Sebastián se ha pasado el jefe con su guarnición; el coronel de Cazadores ha desaparecido, y el desórden reina en todo el campamento.

—El jefe de los gendarmes y su batallón, están en calidad de presos.

—El negocio ha terminado: solo los generales Mejía y Castillo están con el emperador.

—Y no han pensado mal los que se han pasado al enemigo; eso de morir como San Jacinto, no es muy agradable.

—Ya lo creo.

—No sería malo aproximarnos al campo enemigo, porque la hora avanza.

—¿Y podremos tener garantías?

—Tengo carta de un compañero, en que me aconseja le vayamos hacer compañía.

—Hemos cumplido hasta el último momento.

—Yo estoy tranquilo, nuestra misión ha terminado.

—Además, que ya la efusión de sangre no daría resultado alguno.

—Yo opino porque nos pongamos en salvo.

—Decís que la contra.....?

—Sí, aquí la tengo en mi cartera; en el campo de Escobedo hay buena fé, alegría, pagas y víveres.

—Aquí desconfiamos de todos los jefes, ya veis que todos vacilan.

—Se han acobardado.

—Y tienen razón.

—¿Y el emperador?

—A ese no le harán nada, se le considerará mucho, se disputarán el honor de hacerle prisionero, mientras que á nosotros si nos dejan con vida, nos enviarán á las mazmorras de Ulúa ó á los calabozos de Perote.

—Y entonces seríamos muy felices.

—Pues en marcha, compañero.

—Marchemos.

Daban las doce de la noche, cuando los dos oficiales austriacos, abandonando sus caballos, se internaron en los patios del convento y atravesaron las horadaciones.

Cerca de la barda tropezaron á un hombre.

—¿Quién va?

—Estado Mayor, contestó el coronel, y pasó junto á los oficiales sin preguntarles nada.

El coronel iba preocupado de una manera terrible.

Los austriacos llegaron á la barda, encontraron un punto desartillado, y sin ser vistos del centinela que rendido de sueño había abandonado su fusil, se encaminaron decididos al campo enemigo.

—Hemos llegado.

—Me parece imposible.

—Ahora, que se las componga Maximiliano como pueda.

—El archiduque puede hacer lo que guste.

Aquellos miserables le negaban hasta el título de emperador, y hablaban con desdén del infeliz monarca, después de abandonarlo en la profunda noche de su destino.

V.

Maximiliano estaba inquieto, terriblemente inquieto en espera del coronel.

El príncipe Salm y un joven Mexicano acompañaba al austriaco, que permanecía en silencio.

—¡Príncipe Salm! dijo al fin.

—¡Majestad!

—Enviad un ayudante à línea, que pregunte por el coronel. Salió el príncipe y à pocos momentos se escucharon los pasos de un caballo.

El coronel venía por las horadaciones.

El ayudante no podía encontrarle.

Los acicates del jefe del regimiento de la emperatriz resonaron en el pavimento de los claustros.

La puerta de la celda se abrió.

El coronel, pálido y demudado, y con la frente cubierta de sudor, se presentó à Maximiliano.

—¡Hablad, coronel!

—Señor, el general Escobedo no puede acceder à las pretensiones de V. M.

—¿Lo visteis personalmente?

—Personalmente en su cuartel general.

—Está bien, dijo el archiduque; y saludó al coronel y à los que le acompañaban.

Estos abandonaron la celda del Emperador.

Maximiliano se arrojó en su lecho lleno de desesperación.

La bujía se iba extinguiendo pausadamente.

Pasaron dos horas.

Aquel hombre infortunado tembló de hallarse frente à frente de su destino.

Levantóse agitado, dirigiéndose à la ventana de la celda.

El aire de la madrugada azotó su frente calenturienta.

Levantó sus ojos al cielo, enclavijó sus manos y de su alma se desprendió una plegaria.

Solo como un náufrago sobre el roto madero de la perdida nave, veía el lejano horizonte de su porvenir envuelto en las tempestades de la tribulación.

Al asomarse al abismo que se abría à sus piés, tembló falto de aliento y pidió al cielo misericordia.

Dobláronse sus rodillas vacilantes; llevó sus manos al corazón, que se agitaba terriblemente; inclinó su cabeza, y comenzó à llorar como el Cristo en el Jardín de los Olivos, como Hernán Cortés en las tinieblas de la *noche triste*.

Lloró, como lloran los desgraciados en el último puerto de de las angustias humanas.

Su imaginación buseó los purísimos horizontes de su pasada existencia.

Veía el cielo siempre hermoso de su niñez, aquellas horas apacibles de sus primeros años en que la vida le sonreía y el porvenir le coronaba con el iris bellissimo de las ilusiones y los ensueños del alma.

Después le pareció respirar el ambiente embalsamado de as flores encantadas de Miramar.

Sentía la sombra de aquellos árboles, oía el ruido de las

fuentes, y à lo lejos el ruido monótono del Océano y los cantos de los marineros.

El archiduque se estremeció como un epiléptico.

Acababa de pasar por su cerebro una imagen sombría.

La imagen de aquella mujer desgraciada, de la pobre loca, con el cabello suelto, los labios cárdenos, la mirada extraviada, rasgadas las vestiduras, y lanzando en el silencio de la noche las nerviosas y extridentes carcajadas de la demencia!

Aquel hombre apuraba gota à gota el amargo cáliz de las vicisitudes.

Levantóse del suelo, limpió su frente empapada por un sudor helado, enjugó su llanto, y al ir à entrarse en el lecho, oyó un rumor extraño que lo hizo estremecer.

Sonaban algunos tiros cercanos, tropel de caballos, ruido de armas, y voces de alarma.

Pasos precipitados se escucharon por los claustros.

Quedóse un momento en expectativa después de ceñir su espada, y con la mano sobre la cerradura de la puerta.

Unos toques violentos, dados por una mano convulsa, se dejaron oír.

Maximiliano abrió la puerta y se encontró frente à frente de un hombre en cuyo rostro se pintaban las señales marcadas y palpitantes del terror.

Aquel hombre era el coronel.

CAPITULO VIGESIMOPRIMERO.

MI REINO POR UN CABALLO.

I.

En los diferentes reconocimientos practicados por las fuerzas republicanas, se había notado que el fuego de la plaza era poco nutrido, y que no se prodigaba como en los primeros días.

Los desertores declaraban que el parque estaba al consumirse, y que los soldados se morían de hambre y de fatiga.

El día 14 se habían pasado los sitiados en un número considerable al enemigo, y todo auguraba el final del sangriento drama de Querétaro.

Escobedo se resolvió à apresurar el desenlace; llamó al general Vélez, joven valiente y atrevido hasta la temeridad.